

ción a la “Gatita Blanca” por lo que fue y por lo que será dentro de nuestra historia.

La tarde en que vi las dos zarzuelas hubo dos triunfadores absolutos: don Ángel Garasa y don Héctor Quintanar, director y concertador. La Orquesta Sinfónica del INBA fue conducida con tal maestría, con tal conocimiento y con tal cariño por don Héctor, que se diría que escuchábamos un concierto de virtuosos. José Serrano y Tomás Bretón, los compositores, deben haberse sentido aún más en el cielo al escuchar su música tocada de esa manera. Y así termino mi crónica sobre una resurrección dando mis parabienes al INBA por proteger a lo desvalido y por demostrar a algunos empresarios particulares cómo debe montarse la zarzuela. Que vaya el empresario de *Las leandras* a Bellas Artes y que recuerde que tié madre.

27 de junio de 1972

EL INEPTO JARDINERO

¿Qué haría usted si llegase hasta su casa un hombre haciéndose pasar por jardinero y arrancase de raíz los rosales, prendiera fuego al pasto inglés y llenase de plaga las enredaderas? ¿Lo denunciaría a la policía o lo aplaudiría? Tiene usted que contestarse sinceramente a esta última pregunta, y ya sé que su respuesta sería la denuncia. Luego entonces, ¿por qué fue aplaudido el inepto jardinero que destruyó el jardín de Edward Albee en el Teatro Xola? Es cierto que los aplausos fueron fríos y escasos, pero a nadie se le ocurrió silbarlo, insultarlo, escarnecerlo y pedir a gritos airados un escarmiento. O si se les ocurrió, nadie lo dio a entender de una manera definitiva. En México el público de teatro, además de escaso, es cobarde. Si su educación no le permite llegar a los extremos españoles del “pateo”, o sea la grita y el alboroto cuando una obra o una dirección no les place, queda el recurso elegante y digno, pero más ofensivo aún, de abandonar el teatro a media representación. Ni siquiera esto se hace la noche de los estrenos. Como si el boleto obsequiado llevase impresa la prohibición de

abandonar la sala. Y esa excesiva cortesía crea la mitología teatral mexicana. Dimitrio Sarrás cree que triunfó al dirigir la hermosa obra titulada *Todo en el jardín*, porque la noche del estreno nadie se salió y escuchó algunos aplausos amables cuando tuvo la increíble osadía de presentarse en el escenario al terminar la representación. Y seguramente, desde su inconsciencia inefable, Martha Roth creyó también que había triunfado. ¡Oh público teatral mexicano, tan educadito y tan hipócrita!

Cuando se tiene ante los ojos una obra teatral verdaderamente extraordinaria con es *Todo en el jardín*, pero también se ve cómo un ente deformado por la egolatría, incensado por un grupo de escasas celdillas cerebrales, pone sus tres o cuatro sentidos al servicio de la destrucción de la obra, la indignación que sentimos los que amamos al teatro es tanta, que no sabemos si llorar o sacar a flote el atavismo de los sacrificios humanos. Dimitrio Sarrás ha demostrado una vez más, pero ahora con la mayor claridad posible, que es el director teatral más malo que ha habido en México desde la Independencia a nuestros días. Prefiero mil veces la mala fe de Alejandro Jodorowski utilizada para burlarse del público como en *El juego que todos jugamos* o en *La ópera del orden*, o el subteatro de vodevil rosa que hacen Víctor Moya y el Güero Castro, el uno demasiado consciente de su talento y los otros dos demasiado conscientes de su inconsciencia, a esta escasez de conocimientos teatrales envueltos en una pedantería insoportable, bajo una leve capa de barniz intelectual que hace que el tuerto sea rey entre un pequeño grupo de estrellitas cinematográficas totalmente ciegas, y que por tanto no advierten que el tuerto padece en el ojo sano de unas terribles cataratas.

Dimitrio odia por principio a los buenos dramaturgos, como odia todo aquello que tenga calidad, porque sabe que él jamás podrá acercarse siquiera al talento, y entonces engaña a una empresaria compatriota suya y a cuatro o cinco “actrices” del cine nacional, para que se encarguen de propalar que es un genio y de conseguir buenos teatros. Una vez que ha logrado sus infames propósitos, se dedica a destruir a quienes creyeron en él, cubriendo de ridículo a esas “actrices” que no sólo se pusieron en sus manos, sino que dieron el dinero necesario para la creación del mito. Merecido tienen ese ridículo que cae sobre ellas, como cayó

sobre Martha Roth en *Todo en el jardín*, cuando provocó la hilaridad de la concurrencia al caminar por el escenario como un robot, al mover los brazos con precisión matemática para subrayar una frase, para proyectar mayor frialdad, sobre todo, al usar unos tonos de voz que a Dimitrio le parecen de lo más *chic*, pero que son tan falsos como decir que Dimitrius es director. Esos tonos los había usado ya anteriormente en *Un tranvía llamado deseo*, donde quiso destruir a Betty Sheridan sin conseguirlo, aunque le dejó siempre su inconfundible sello y aún matiza muy extraño. Pero en esta ocasión Dimitrio enloqueció un poco más, si es que se puede, y les marcó a todos los actores esos tonos de la pseudoartocracia norteamericana, sólo que algunos de esos actores, los que son inteligentes, se olvidaron de las inefables indicaciones del director y hablaron como hablan las personas normales. Miguel Córcega fue el único que mereció los aplausos de la noche, puesto que estuvo magnífico sin necesidad de hablar a pausas ni de usar esos tonos "sarracenos". Rosario Gálvez pudo haber estado espléndida si Dimitrio no hubiera sido su peor enemigo, obligándola a entrar de espaldas a escena y colgarse de un poste en una actitud de cine mudo, y la segunda ocasión la obligó a entrar untándose a las paredes como policía china. La señora Gálvez no pudo escaparse del uso de los tonos y cae en ellos con frecuencia. Es lástima.

Wolf Rubinski nunca ha sido un buen actor, y en manos de Dimitrius lo es menos aún. Sin embargo, se identificó a tal grado con el personaje que consigue momentos que convencen, como el final del primer acto. Ojalá evite reírse como lo hace y como se lo marcó la persona (me niego a llamarlo otra vez director) que sorprendió la buena fe de las empresarias. La misma Martha Roth en manos de un director hubiese estado bien. Del resto del reparto es mejor no hablar, porque tanta culpa tuvo Dimitrius como los actores o lo que sean que aparecen sobre el escenario. La escena en que uno de estos personajes queda hipnotizado ante los canapés de caviar, es digna de figurar en la antología del mal teatro. Y así es como se echó a perder una excelente obra que unos dicen que no la escribió Albee, sino que sólo la adaptó. Da lo mismo, puesto que la obra, repito, es magnífica. Los escritores deberían tener una persona en cada país encargada de decirles a quiénes les

conviene darles sus obras a dirigir y a quiénes no. Estoy seguro que si Albee hubiese visto lo que hizo Dimitrius con su pieza, habría elevado una protesta ante el Congreso de Estados Unidos y una petición para que enviaran de inmediato a Sarrás a Vietnam del Norte. Dimitrius tuvo el descaro de invitarlo, pero es que no se acaba de convencer que hay personas inteligentes y personas que no lo son.

18 de julio de 1971

LOS 120 DÍAS DE SADISMO

Una de las novelas más famosas del Marqués de Sade se intitula *Los 120 días de Sodoma*, y es una lectura que no recomiendo a los lectores a menos que tengan un estómago fuerte. Me vino a la memoria este libro cuando hace unas semanas leí en un diario capitalino que unos empresarios teatrales mexicanos esperaban desde hacía 120 días que la Oficina de Espectáculos les contestase si podían o no llevar a escena una obra intitulada *El juicio*. El número de días y el espíritu del célebre marqués se apostaron en la nueva inquisición mexicana, porque nadie podrá negarme que es un sadismo lleno de refinamiento el hacer esperar y dar vueltas hasta el lejano jardín del Carmen, también todo él lleno de reminiscencias sádicas, a los dos pobres empresarios sin darles una resolución ya sea anatematizándolos y condenándolos al fuego eterno por herejes, o bien dándoles el episcopal *imprimatur* para que monten su espectáculo. Y también me vino muy bien esta noticia para hablar de otro de los enemigos del teatro: la Censura Oficial.

La Oficina de Espectáculos depende de la Dirección de Gobernación del Departamento del Distrito Federal, y se encarga de velar por las conciencias de los ciudadanos, así como de cuidar que los empresarios paguen sus impuestos a la Tesorería, que tengan limpios los sanitarios de los teatros y que comiencen a las horas fijadas las funciones. Dicha oficina también vela por el